

DE LA SINRAZÓN DEL MITO A LA REALIDAD DE SU FICCIÓN

NOEMÍ LÓPEZ ALCÓN
Universidad de Murcia

Dos protagonistas y una historia de superación. De esta manera podemos sintetizar el minucioso recorrido por la evolución del mito en Occidente que nos presenta Sara Molpeceres Arnáiz en su libro *Pensar en imágenes*,¹ una obra en la que el pensamiento mítico deviene en una «lucha» desde las primeras páginas, por el valor cognitivo que el elemento racional le arrebató desde la Antigüedad griega. La dualidad entre *mýthos* y *lógos* deja de ser en esta obra, afortunadamente, una cuestión hermética, taxativa y puramente filosófica, basada en la negación del mito como instrumento de conocimiento, puesto que abre el camino de un acertado y necesario estudio interdisciplinar, aplicado, sobre todo, a las teorías sobre el mito en el siglo XX.

Con un lenguaje preciso, que ofrece valiosas referencias bibliográficas sobre el mito y sus múltiples interpretaciones a lo largo de los siglos, Sara Molpeceres comparte con sus lectores, en siete capítulos, las reflexiones teóricas más relevantes sobre las relaciones entre el mito y la razón desde la Grecia antigua hasta la actualidad. Para ello, la autora nos sumerge en las corrientes de pensamiento pertenecientes a diversos ámbitos de estudio, tales como la Antropología, la Sociología, el Psicoanálisis, la Filosofía, la Lingüística y la Literatura Comparada, con la finalidad de reivindicar «la naturaleza simbólica del mito» y ofrecer «las claves [desde la Retórica y la Literatura Comparada, sobre todo] para analizar la presencia de mitos en distintos tipos de textos» (pág. 170).

Sin dejar nada al azar, aunque sí algo a la intuición, el primer capítulo, «El mito en el mundo antiguo», nos confirma que la historia del pensamiento mítico no traza su andadura en solitario. Desde Platón y la repercusión de una actitud racional hacia los mitos en su quehacer filosófico –del que partirá la posterior redefinición del texto mítico como ficción absurda cercana a la irrealidad y opuesta a la racionalidad–, la literatura griega tradicional y los versos –encubiertos de alegoría– de los poetas se convierten en compañeros de un viaje en el que también les será imposible, como al mito, alcanzar el conocimiento verdadero y apuntar a una realidad objetiva. Incapa-

¹ Sara Molpeceres Arnáiz, *Pensar en imágenes. Los conceptos de mito, razón y símbolo en la cultura occidental*, Murcia, Editum, Universidad de Murcia, 2013.

ciudades estas en las que el concepto de *verdad*, curiosamente, no logrará determinar, como bien señala Molpeceres Arnáiz, la existencia del mito y, más concretamente, la supervivencia de este en la literatura, en la vida de los hombres y en una sociedad de creencias religiosas divergentes:

Esta variedad en las creencias no quiere decir, en absoluto, que toda la vida de Grecia no esté guiada por el mito. Todo lo contrario. El mito es una realidad omnipresente en todos los ámbitos de la cultura griega. [...] Aunque no se considerara por todos como verdad religiosa, aunque hubiera quien no creyera, lo cierto es que los mitos eran una realidad cultural y social (pág. 23).

Desde la Filosofía, que el simbolismo de los escritos míticos se hiciera presente en la vida griega sin importar la validez o no de su contenido, supuso un hecho digno de ser cuestionado desde las tendencias racionalistas dominantes. Es por ello que un halo de verdad se vislumbrará en el mito gracias, sobre todo, a los filósofos posteriores a Platón, como Aristóteles, que, si bien lo interpretará en términos racionales, conseguirá debilitar la tajante oposición platónica entre mito y razón (o *verdad*), en pos de una visión alegórica que debe explicarse, sin excepción, en términos racionales:

Para Aristóteles el mito es fábula. [...] y se halla plenamente asimilado a lo literario, a lo discursivo; no obstante, no niega que haya en él algún tipo de saber del que se pueda extraer un contenido válido mediante explicaciones racionales. [...] *mýthos* y *lógos* son ya opuestos en cuanto a la idea de verdad, sino que son dos discursos que no pueden coexistir (pág. 33).

La esencia primigenia del mito, traducida en creencias o normas sociales, perderá así, como señala la autora, su valor antropológico al concebirse, desde la corriente filosófica racionalista, como literatura. *Pensar en imágenes* cierra así el primer capítulo sobre la evolución del mito, que conducirá, con absoluta amenidad, a una lectura que profundizará en los encuentros y desencuentros constantes entre dos pensamientos situados en extremos diametralmente opuestos.

La búsqueda de una realidad verdadera a través del lenguaje figurado del mito se convierte, por otro lado, en un reto que cobrará fuerza en época medieval y en el seno de la doctrina cristiana, donde la interpretación alegórica del discurso mítico juega un papel fundamental. Frente a la creencia del hombre medieval en un lenguaje simbólico constituido por analogías que pueden explicar la realidad, surge la herencia platónica cristianizada que racionaliza y pone límites al símbolo. Valgan como

ejemplos significativos las figuras de San Agustín o Santo Tomás, que le sirven a la autora para destacar, en el segundo capítulo, «El mito y su desprestigio en la consolidación del cristianismo», la tradicional controversia entre dioses y creadores; entre «la verdad literaria» y «la verdad divina», pues el método alegórico

Solo busca salvar el texto literario otorgándole una verdad que no tiene, mientras que la alegoría en la Biblia es un método válido para desvelar la verdad, porque esta sí la contiene (pág. 38).

Con todo, el desprestigio que sufre el mito en su historia se verá superado en los siglos XVI y XVII, tal y como lo refleja la exhaustiva revisión que Molpeceres Arnáiz presenta en los capítulos tercero («El Renacimiento: del Humanismo filológico al platonizante») y cuarto («El siglo XVII: el nacimiento de la edad de la razón»). El humanismo platonizante cederá, en buena parte, ante la existencia de un Humanismo lingüístico o filológico que reivindica el papel de la obra literaria y revaloriza la existencia de un lenguaje retórico capaz, no solo de entender la realidad del texto mítico en su contexto histórico, sino también de crearla a través del poder de la metáfora, que «hace visible lo invisible» (pág. 49). De este modo se manifiestan, una vez más, los contrastes de una tradición a través de autores del humanismo italiano, como Marsilio Ficino o Pico Della Mirandola, defensores de la explicación del lenguaje en términos racionales y ahistóricos; y de estudiosos destacados del humanismo filológico, tales como Giovanni Pontano, Albertino Mussato y Giovanni Boccaccio, para los que la fábula y el mito se convierten en formas de conocimiento válidas, en modelos ficcionales que, en palabras de la autora, «producen la revelación de una realidad no aprehensible por medio de la lógica» (pág. 51).

Asimismo, Baltasar Gracián es otra de las figuras que merece especial atención en esta obra, pues su teoría, basada en el concepto o metáfora, supone una inflexión en plena edad de la razón, frente a las teorías de pensadores como René Descartes, Francis Bacon y Baruch Spinoza. El fruto del «pensamiento ingenioso», que ya proponía el humanismo filológico italiano, será ahora el concepto ingenioso, una facultad del entendimiento que, desde la perspectiva crítica de A. García Berrio y T. Hernández Fernández, asumida por Molpeceres Arnáiz, supone para Gracián: «plantear una nueva visión del mundo, hecha a base de descubrir relaciones, correspondencias y discrepancias inéditas en la realidad cotidiana» (pág. 65).

Y, efectivamente, no solo propone una nueva visión del mundo, sino una nueva forma de concebir y delimitar el arte de la palabra respecto a la retórica y la propia filosofía:

mientras que los productos del juicio son pensamientos sin luz y las figuras retóricas son por sí solas palabras sin contenidos, en el concepto ingenioso se unen los dos extremos, res y verba, de forma perfecta y equilibrada (pág. 66).

Sin embargo, la posibilidad de una conciliable coexistencia entre lo simbólico y lo racional no llegará hasta el siglo XVIII, un período que marcará las corrientes y teorías de siglos posteriores. Por ello, *Pensar en imágenes* se adentra ya, en el quinto capítulo, «El siglo XVIII: el fortalecimiento de la edad de la razón», en la esfera de la razón ilustrada, para ofrecer un detallado estudio comparado sobre el mito, centrado en Francia y Alemania. A partir del filósofo italiano Giambattista Vico, los empiristas ingleses John Locke y David Hume, y los representantes más destacados de la Ilustración alemana y el *Sturm und Drang*, como Herder, Lessing, Goethe o Schlegel, los lectores se aproximarán a un «simbólico desenlace» que desafiará una vez más a la razón en el sexto capítulo, «Los siglos XVIII y XIX en el ámbito alemán».

Si hasta el momento el mito estaba sometido a interpretaciones que partían del ámbito religioso y que lo concebían como historia falsa y engañosa en la que no había cabida para la razón, la revalorización del símbolo mítico, de lo poético y del sentimiento místico sublime se convierte, a finales del siglo XIX, en una necesidad que los hermanos Schlegel denominan «nueva mitología racional», una novedosa concepción que busca equilibrar la razón y el sentimiento; las ideas y la imaginación; el mito y la poesía; lo clásico y lo romántico. Desde una perspectiva poética y simbólica dichos opuestos se pueden conciliar, pues las relaciones entre poesía, mito, símbolo y lenguaje metafórico dan buena cuenta de la «Realidad heterogénea y multirrelacional en la que vivimos, y de la que no somos conscientes», pero en la que el símbolo, «con raíz mítica y prelógica de la conciencia», sería un pensamiento basado en imágenes que conformarían el mito, materia poética que ofrece una «visión completa y total del mundo» (págs. 130-131).

No obstante, no faltan en este apartado las alusiones a otros importantes ideólogos alemanes –como Schelling y Creuzer–, que separarán, a otro nivel, el lenguaje simbólico y el conceptual y, dentro de la mitología, el símbolo de la alegoría y el mito. A propósito de García Gual, Molpeceres nos acerca a una nueva forma de interpretar la mitología que, en contraste con el pensamiento racional, se concibe ahora como:

Una forma de expresar, comprender, y sentir el mundo y la vida, diversa de la representación lógica. Se trata [...] de otro tipo de lenguaje, más emotivo y colectivo, pletórico de imágenes y símbolos, que expresa algo que no puede traducirse en los signos arbitrarios de la lengua corriente. [...] El pensamiento mítico nos propone una serie de imágenes que no sólo se dirigen al sentimiento, sino también a la fantasía y a la sensibilidad (pág. 130).

La teoría espiritual de Creuzer, que «pedía una alternativa ante los excesos de la razón ilustrada» (pág. 147) y que apostaba por el pensamiento simbólico como modalidad innata en el ser humano, fruto de una fantasía poética y un proceso metafórico ajeno a la razón, dará lugar a otras interpretaciones sobre el mito, más o menos homogéneas, con autores tan relevantes en esta obra como Müller, defensor de una mitología científica que vuelve a lo racional como conocimiento universal y verdadero; Max Müller que, desde la vertiente lingüística, afirmará que la irracionalidad depende del lenguaje empleado y no de la mente, que siempre es racional; o Nietzsche, que entiende el mito como discurso figurado y antifilosófico, como una alternativa a lo «verdadero», pues para él «no hay un conocimiento definitivo de las cosas» (pág. 166), tan solo visiones del mundo diferentes.

Cuando parecía entenderse que el impulso creador del texto mítico quedaba ya alejado, desde su origen, de premisas filosóficas, Molpeceres Arnáiz, excelentemente documentada, invita al lector a conocer las tendencias que resurgen a finales del siglo XIX y que buscan entender el mito desde presupuestos científicos, como la Escuela Antropológica Inglesa, la Escuela Sociológica Francesa, el Psicoanálisis, el Estructuralismo y la Escuela de París. Esta postura, junto a la de los que mantienen viva la interpretación simbólica del mito en el siglo XX, es la que ocupa la última parte del libro, «El mito en el siglo XX: entre la razón científica y la razón simbólica», que resalta la importancia de la interdisciplinariedad en los estudios teóricos sobre el mito. En este punto, la autora hará especial hincapié en los autores de la llamada «Filosofía simbólica», como Ernst Cassirer, Hans Blumenthal o Paul Ricoeur, que, en contra de los excesos de las teorías racionalistas, reivindican el valor del símbolo en el fenómeno mítico como forma válida de pensar y conocer, y como experiencia de una realidad a la que no se puede acceder por medio de la razón, sino de

imágenes y símbolos, los únicos capaces de ejercer un papel mediador entre los distintos opuestos que conforman la realidad, permitiéndonos una visión totalizadora de partes completamente integradas (pág. 217).

Desde esta posición partirán corrientes como, por ejemplo, la Poética del Imaginario –destacada a través de los estudiosos franceses, Bachelard y Durand, y de los españoles, Jean Burgos y García Berrio–, la Nueva Hermenéutica –encabezada por Heidegger y Gadamer–, el Pragmatismo –entre los que la autora destaca a Pearce y Fish– o la Deconstrucción –liderada, entre otros, por Habermas–.

Inmersos ya en la postmodernidad, esta profunda y rigurosa revisión por la evolución del mito, que poco o nada deja en el tintero, atenderá también a disciplinas como la Retórica o la Literatura Comparada. Con gran acierto y coherencia, se subraya con

ambas las interrelaciones que el fenómeno mítico mantiene con la literatura y, en el caso de los estudios comparatistas, con la sociedad y la cultura, pues es innegable que, en el marco de la creación literaria, estas dos materias estudian los mitos como géneros literarios y ofrecen, además, las claves para analizar su estructura en textos estrictamente no literarios.

Al final de este magnífico trabajo, la batalla inicial entre mito y razón se torna en equilibrio y armonía; en experiencias de la realidad que no se excluyen, sino que se complementan; en discursos que han de interpretarse desde las exigencias de su lenguaje, ya sea este simbólico o conceptual. La clave no es, pues, oponer la razón a la *sinrazón* en el análisis del mito, sino explicarlo a través del símbolo y de un *pensar en imágenes*. Para ello, la autora se propone, en la línea de otras investigaciones anteriores, trazar la evolución del mito y hacer reflexionar sobre el mismo a los lectores. Y, finalmente, lo consigue.